

# TARDES CON LA MUSA

BIBLIOTECA DE CUENTO CONTEMPORÁNEO

nº 77

# TARDES CON LA MUSA

*por*

Luis Bernardo Pérez

*F*ICTICIA

MÉXICO

2026

Este libro fue realizado con el apoyo del Sistema de Apoyos a la Creación y Proyectos Culturales, a través de la vertiente Fomento a Proyectos y Coinversiones Culturales 2024.

TARDES CON LA MUSA

D.R. © Luis Bernardo Pérez

D.R. © Ficticia S. de R. L. de C.V.

Primera edición: enero 2026

FICTICIA EDITORIAL

EDITOR: MARCIAL FERNÁNDEZ

DISEÑO DEL LIBRO: RODRIGO TOLEDO CROW

CUIDADO EDITORIAL: MÓNICA VILLA

Magnolia 11, colonia San Ángel Inn, alcaldía Álvaro Obregón,  
c. p. 01060, Ciudad de México.

[www.ficticia.com](http://www.ficticia.com) [ficticia@ficticia.com](mailto:ficticia@ficticia.com)

ISBN: 978-607-521-156-5

Este libro no puede ser reproducido parcial o totalmente sin la autorización escrita de los titulares del copyright.

HECHO EN MÉXICO / PRINTED IN MEXICO

*¡Dichoso aquél de quien se prendan las musas!*

Hesiodo, *Teogonía*, 1-103

*La musa que al poeta sus cánticos inspira  
no lleva la vibrante trompeta de metal,  
ni es la bacante loca que canta y que delira...*

Rubén Darío, *J.J. Palma*

# CONTENIDO

BÚSQUEDA.....	13
CASA.....	15
LA FUGA.....	18
LIBROS.....	23
<i>ARDEA ALBA</i> .....	25
REGRESO.....	27
LLAMADA.....	31
JUSTINO.....	36
ILUSIONISTA.....	37
HISTORIA DEL LADRÓN LLAMADO JALAL Y DE UN RATONCILLO.....	50
CUENTO DESCONOCIDO.....	60
INVASIÓN.....	64
ABRIL.....	65
VERANO.....	70
RETRATISTA.....	72
ESPERANZA EN LA CIUDAD.....	75
RAPIÑA.....	80
NO PIENSES MAL DE MÍ.....	81
ENTREVISTA.....	87

*Se presenta por las tardes exigiendo cosas imposibles para mi lamentable economía: mousse de foie-gras de pato, mejillones con algas en escabeche blanco, queso de oveja... Invariablemente me encojo de hombros. Ella —también invariablemente— me reclama por no contar con una alacena mejor provista. Pasa el resto de la visita sumida en un enfurruñamiento del que sólo consigue sacarla mi perro, Tamarindo, al cual llena de mimos. De pronto, mira a su alrededor como si hubiera olvidado dónde se encuentra, consulta el minúsculo Piguet dorado que luce en la muñeca y se despide. Antes de desaparecer, en tono casual, como si se le hubiera ocurrido en el momento, deja caer algunas ideas sobre piratas, caballeros medievales, magos, hormigas, nubes, modelos de calendario, locos, burócratas y un viejo violinista.*

## BÚSQUEDA

Me costó un ojo de la cara, señor almirante, y no hablo en sentido figurado. Pero no lo lamenté entonces ni ahora. Tuve que emplear mis artes para convencerla de dar un paseo juntos por el muelle y me valí de toda clase de embustes para persuadirla de beber conmigo el ron fuerte y especiado que traje de las Antillas. Luego la envolví con mi labia para que me siguiera a esa habitación de blancas cortinas, cama con dosel y aguamanil de estaño. Allí no fue necesario convencerla ni persuadirla. Tampoco necesité de engaños para que se me entregara como quien abandona sin reservas un caudal de oro y diamantes. Fue tanto el amor que nos dimos aquel día, y tan dulce el yacer juntos oyendo las olas romper contra el muelle, el graznido de las gaviotas y el bullicio de la gente en el malecón que, por un instante, pensé que aquello estaba mejor que ir sin rumbo por esos mares de Dios, padeciendo temporales y días sin viento que hincharan las velas. Pero, pasado ese momento, señor almirante, recordé que me gustaba mi vida tal como era y no la cambiaría ni siquiera por una mirada y una sonrisa como las de ella. Al separarnos, y como nada es gratis, me pidió que le regalara mi ojo, esa perla de pupila azul que le arranqué a un oficial francés, tan tuerto como yo, cuyo bergantín nos salió al paso mientras merodeábamos

por las Azores. No me desprendí de aquel globo casi esférico con facilidad, pero al final se lo di porque, a pesar de mi aspecto desastrado, soy un hombre de honor. Para consolarme pensé que después encontraría a otro oficial para quitárselo y, con suerte, sería uno café, igual que mi ojo bueno, y entonces nadie notaría que no era de verdad. Mientras llegaba ese día, probé ponerme una bolita de ágata brasileña, un pedazo de ámbar de los Urales y una cuenta de obsidiana que, cierta noche, le compré a un marinero en una cantina de Veracruz. Pero no era lo mismo por más que intentara convencerme de lo contrario, así que me decidí por este parche que me hace lucir distinguido y un poco amenazante. Espero que, con lo que le he dicho, señor almirante, comprenda por qué me veo en la necesidad de pedirle que me entregue el pulido cristal que luce usted y que es igual al que he buscado con tanto afán desde hace tiempo.

## CASA

La primera vez sucedió mientras los señores Cervantes se hallaban en la ópera. Habían ido a ver un *Tancredo* que los dos consideraron chocante, sobre todo porque el tenor y la soprano aparecían desnudos casi todo el tiempo sin que el argumento lo justificara. Por lo general iban a cenar al salir del teatro, pero aquella noche ninguno se sintió con ganas de prolongar más la velada. Ambos tenían sueño y el mal sabor de boca de la representación les quitó el apetito. Así, tras estacionar el auto en la cochera, entraron en la casa y se limitaron a beber sendos vasos de leche y morder unas galletas de cebada en la cocina. Luego, el señor Cervantes subió al primer piso y allí, entre la recámara principal y el estudio, vio la puerta. Era una puerta común y corriente que en otras circunstancias —en cualquier otra circunstancia— no tendría por qué haberle provocado un sobresalto. No obstante, en este caso en particular, encontrarse ante una puerta, por muy común y corriente que luciera, en un lugar donde horas antes no había ninguna, lo dejó perplejo. Tras un instante de desconcierto y después de asegurarse de que no se trataba de una alucinación, de un engaño de los sentidos, giró el picaporte sin encontrar resistencia y se asomó al interior. La oscuridad era absoluta. Guiado por un movimiento casi automático,

metió la mano y palpó la pared interna donde calculó que podría hallarse un interruptor. La intuición fue acertada. En un instante la luz se encendió revelando una salita de medianas proporciones y sin mucha gracia: un par de sillones forrados de tela marrón, un tapete del mismo color, una mecedora, una lámpara de pie, una mesita rinconera. El inusual suceso también sorprendió a la señora Cervantes cuando llegó hasta donde se encontraba su marido y miró sobre su hombro. Más audaz que él, la dama entró en la habitación para examinarla. El pasmo que sentía en ese momento no le impidió pronunciarse en contra de la decoración. No es que le pareciera fea, sino anodina. Mientras se ocupaba de evaluar la calidad del mobiliario, su esposo salió al jardín armado con una lámpara sorda con el fin de iluminar la parte exterior de la casa. La luz de la linterna no reveló ningún cambio allí donde debería notarse la aparición del reciente anexo. Desde afuera la construcción lucía como siempre. Esto lo dejó aún más dubitativo. En las semanas que siguieron, el hecho se repitió sin obedecer a una regularidad precisa y sin que los señores Cervantes pudieran determinar el momento exacto en el que acontecía. Una tarde o una mañana cualquiera, en la planta baja o en el primer piso, al regresar del supermercado, de un trámite burocrático o de la consulta con el podólogo, encontraban una habitación nueva. Podía ser un recibidor con una butaca de cuero y un espejo oval, un pasillo que no conducía a ningún sitio, un medio baño con mosaicos venecianos, un cuarto trastero con productos de limpieza caducados o una recámara con parqué y papel tapiz color frambuesa. Aunque la situación se volvió común, no dejaba de ser insólita y de provocar en los señores Cervantes un continuo estado de zozobra, el cual intentaban apaciguar bebiendo un poco más de lo habitual o buscando

excusas para permanecer en su hogar el menor tiempo posible. En ningún caso se les ocurrió contarle a alguien más lo que ocurría o pedir ayuda. Ambos experimentaban un pudor injustificado, como si aquello constituyera algo vergonzoso, una desagradable anomalía sobre la que era mejor callar. Así, dejaron de recibir visitas mientras los cuartos, pasillos, escaleras y recovecos se multiplicaban. Muchos de los nuevos espacios aparecían como una extensión o continuación de las habitaciones surgidas días atrás, con lo que la casa se volvía cada vez más grande. Una dependencia se sumaba a otra hasta formar un dédalo de dimensiones imprecisas. Llegó un momento en el que ni la señora ni el señor Cervantes osaban aventurarse por aquel laberinto, temerosos de extraviarse y no poder regresar. Por ello tomaron la decisión de mantener cerradas las puertas, no hablar del asunto y llevar una vida normal, hasta donde ello resultara posible. No obstante, ciertas noches de insomnio, en la oscuridad de la recámara imaginaban el infatigable trabajo de autogeneración de la casa y más de una vez creyeron percibir pasos, un rumor de voces o las notas de un piano proveniente de lo más recóndito de la casa.

## LA FUGA

La mañana del jueves 13 de agosto, día de San Hipólito Presbítero y Mártir, el conde Balfour advirtió la inusual calma que envolvía el castillo Gandier, cuyo asedio lo había ocupado durante los últimos dos meses. No se divisaban centinelas recorriendo lo alto de los muros, nadie asomaba por las aspilleras, ningún ballestero apuntaba su arma sobre ellos. Tampoco se advertía humo emergiendo de las chimeneas que eran visibles desde el campamento.

Esto resultaba extraño. ¿Se estaban rindiendo acaso? El lugarteniente del conde sugirió que quizá había llegado la hora de preparar el asalto final. Le recordó a su señor que los hombres estaban ansiosos por entrar en la fortaleza y exigir el botín que se les prometió. Balfour, cuya atención estaba puesta en la siguiente conquista, ordenó invadir la fortificación a pesar del tábano del recelo que comenzaba a zumbarle en el oído.

Con cautela, los sitiadores estrecharon el cerco alrededor del edificio. Cuando estuvieron a la distancia prescrita por los tratados de artillería, dirigieron la boca de las bombardas hacia la entrada del fuerte y encendieron la mecha. Las bolas de hierro convirtieron en astillas el pesado portón y se precipitó la vociferante tropa empuñando espadas y venablos.

Encabezados por el propio Balfour, irrumpieron en el patio de armas dispuestos a batirse con el enemigo. Sin embargo, nadie los esperaba. Por un momento, el conde temió haber sido víctima de una emboscada. Pero el ataque nunca llegó; a su alrededor reinaba el más absoluto silencio.

Tras recuperarse del pasmo que los había paralizado, los invasores se lanzaron hacia el interior de edificio. Asaltaron las caballerizas, la armería y las bodegas sin que nadie les hiciera frente. Recorrieron el salón del trono, la sala de recepciones, la capilla, las cocinas y el resto de las dependencias, hallándolas desiertas.

Aquello sólo podía significar que los habitantes habían huido por algún pasaje secreto. El conde ordenó encontrarlo. Consideraba que aún era posible aprehender a sus enemigos y hacerles pagar por su cobardía. Pero, por más que sus hombres inspeccionaron el castillo y pese al celo con el cual revisaron cada rincón, no encontraron ningún pasadizo, túnel o galería oculta. Varias escuadras fueron enviadas a recorrer la comarca, llegando a las poblaciones cercanas en busca de los evadidos. La pesquisa fue infructuosa. El señor de Gandier, su corte, sus soldados y sirvientes y el resto de los vasallos parecían haberse esfumado.

Esa noche, mientras yacía en el lecho del antiguo señor del lugar, le dio vueltas en la cabeza al insólito predicamento. Le pareció que el asunto no podía ser tan complicado, pero no daba con la respuesta. Cuando tras prolongadas cavilaciones algunas briznas de sueño lo envolvieron, creyó escuchar, entre las brumas de la inconciencia, un vago rumor de voces, risas y el chocar de copas. También le pareció reconocer los acordes de una vihuela que invitaba a la danza. Se incorporó sobresaltado y aguzó el oído, pero a su alrededor reinaba el silencio. Intentó convocar de nuevo al sueño, pero éste no acudió al llamado.

Durante las noches que pernoctó en la fortaleza aquellos sonidos, siempre los mismos, continuaron para convertirse en una obsesión que lo llevó a emprender una búsqueda más a fondo. Recorrió incansable las salas y aposentos, meditando en el problema mientras observaba los objetos que habían pertenecido al señor de Gandier y a su corte: candelabros, jarrones, mesas, gabinetes, imágenes sagradas, bargueños tallados... Llegó a la conclusión de que el castillo albergaba dependencias ocultas que servían de refugio a la corte. Con metódica determinación ordenó demoler muros, levantar el piso de las habitaciones, escudriñar los sótanos y explorar la cripta bajo la capilla. Incluso uno de sus hombres fue obligado a descender al pozo con una antorcha. Todo fue inútil. Balfour hubiera sido capaz de no dejar piedra sobre piedra con tal de hallar el reducto donde se ocultaban sus enemigos. Sin embargo, sus conquistas lo reclamaban y abandonó el sitio no sin antes dejar instrucciones de mantener una búsqueda que parecía absurda y que despertó murmuraciones entre algunos miembros de la tropa, quienes hablaban de hechizos y bujería.

Así, el conde se alejó de la fortaleza, encaminándose hacia su nuevo objetivo. Pasaron los años. Una conquista siguió a otra, una victoria vino a sumarse a las anteriores. Luego, cuando se encontraba en el pináculo de su poder, la fortuna comenzó a serle adversa. Las derrotas, las conspiraciones y las traiciones se multiplicaron hasta que, al final, se vio obligado a acogerse a la benevolencia de algunos de sus antiguos aliados y terminar sus días en una propiedad que carecía del esplendor que algún día lo rodeó.

De tarde en tarde, mientras toma el sol en la terraza, el conde Balfour regresa a aquel lejano asedio y lo evoca con el desconcierto de antaño. En su imaginación pasea una

vez más por los suntuosos salones, en medio de candelabros, jarrones, mesas, gabinetes, imágenes sagradas y bargueños tallados. Se detiene ante un tapiz que aun ahora, después de tantos años, recuerda con detalle. Allí, en medio de un bosque mitológico, se celebra un banquete que reúne al señor de Gandier, a su esposa, a sus hijos, al mago real y al resto de la corte. Todos comen y beben eternamente mientras un músico tañe una vihuela invitando a la danza.

*A veces suele llegar disfrazada de dama victoriana, con un atuendo estilo regencia, un vestido de flapper o como mujer fatal de film noir. Me reta a que descubra a qué personaje literario está encarnando. Rara vez acierto.*

*El otro día me encontraba leyendo Los miserables y cuando llegué a la parte en la que muere Fantine sin ver de nuevo a Cosette no pude reprimir una sonrisa ante lo melodramático del pasaje. El problema fue que la musa se dio cuenta y me dijo que burlarse de Victor Hugo era como burlarse de Dios y que si volvía a hacerlo se largaba para siempre.*